

CEPI WORKING PAPER

No. 25

La gobernanza climática internacional del futuro

Hazel Blackmore

Diciembre 2010

La gobernanza climática internacional del futuro
Propuestas para incentivar la acción colectiva

Hazel Blackmore

hazel.blackmore@itam.mx

Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM),

México

Diciembre 2010

Mucho es lo que se ha escrito sobre la dificultad que conlleva crear cooperación internacional en el cuidado del medio ambiente. Éste y, como consecuencia, la cooperación para mitigar y enfrentar el cambio climático son ejemplos de lo que los estudiosos de la teoría de juegos llamarían un “bien público global”. Ambos son bienes en los que el uso de unos no excluye a otros de su disfrute ya que su oferta es universal además de que no son exclusivos porque todos pueden acceder a ellos independientemente de la contribución que hayan aportado para su aprovechamiento. El clima global del planeta se afectará independientemente del lugar en dónde se tomen medidas de mitigación. Lo que es más, las acciones en contra del cambio climático suponen cierto costo, mismo que se asume localmente y se disfruta globalmente. En este sentido existen incentivos a no cooperar, ya que se puede disfrutar de las medidas que se tomen en otros lares sin incurrir en los costos. Las declaraciones de los participantes en las negociaciones climáticas demuestran que existe una consciencia casi general de que para lograr un beneficio global mayor o un desastre global menor es necesario la acción de todos los países. Sin embargo, el grado de compromiso al que los países se han obligado es tan variado que va desde acciones innovadoras que suponen un cambio en la forma de vida hasta la negación del problema. La repetición de las negociaciones no ha producido confianza y los líderes políticos no han sido exitosos para lograr fomentar una colaboración internacional efectiva. En pocas palabras, todavía no existen los incentivos necesarios para una plena cooperación.

En el plano internacional se ha trabajado por crear instrumentos que atemperen el problema del cambio climático. Destaca el Protocolo de Kioto que incorpora un reconocimiento de la comunidad internacional de que el cambio climático es un problema global que implica responsabilidades compartidas de parte de la comunidad internacional. Lo que también se refleja en el protocolo es que dichas responsabilidades se asumirán de manera diferenciada de acuerdo a las capacidades económicas y tecnológicas de cada país. En este sentido, el Protocolo de Kioto logra vincular a algunos países desarrollados a reducir sus emisiones de gases de efecto invernadero (GEI) e identifica a otro grupo de países en vías de desarrollo como sujetos de recibir ayuda de los primeros para desarrollar proyectos de mitigación y adaptación. Este fue un instrumento que, aunque de manera laxa, logró resolver el problema de cooperación internacional ya que consiguió la cooperación de

la mayoría de los países industrializados. Incluso para muchos fue entendido como un instrumento de transición entre la no cooperación y la cooperación holística. El Protocolo de Kioto tiene una vigencia entre el 2008 y el 2012 y en consecuencia, la comunidad internacional fijó la reunión de la COP-15 en Copenhague como aquella en donde se definiría la nueva arquitectura climática post-Kioto. Las expectativas eran altas y los resultados no dejaron satisfecho a nadie ya que ni se estableció el nuevo diseño climático internacional y por el contrario se creó un ambiente de división en donde el Acuerdo de Copenhague (acuerdo no vinculatorio) ni siquiera logró establecer una meta de reducción de GEI de largo plazo para lograr que la temperatura no aumente más de 2°C. Volvió el viejo problema de acción colectiva para la obtención de un “bien público global”.

Las razones que explican la falta de compromiso son varias. Primero, es importante recordar la dificultad que la misma naturaleza del sistema de Naciones Unidas supone para el acuerdo. En este régimen internacional democrático, de más de 190 participantes, los acuerdos tienden a dificultarse derivado de las diferencias entre países. Las realidades nacionales son muy distintas, los recursos que puedan aportar varían y por lo tanto es complicado que existan compromisos equiparables entre los países. Así, existe una división entre el mundo desarrollado y el mundo en desarrollo. Dentro de los primeros, especialmente los europeos, existieron quienes quisieron moverse hacia la creación de una nueva gobernanza que fuera vinculatoria para todos. Los países en vías de desarrollo, en respuesta, apuntaron a su derecho al desarrollo y, por lo tanto, a una continuación del esquema de responsabilidades compartidas, pero diferenciadas.

En segundo lugar, los diferentes valores nacionales también dificultan la cooperación. El tema del cambio climático reaviva la división entre oriente y occidente. Países asiáticos como China e India buscan privilegiar los derechos económicos de sus poblaciones antes que buscar otros objetivos de política pública y acusan a occidente de no entender sus valores al tratar de imponerles una agenda distinta. Además, tienden a desacreditar a la política internacional ya que señalan sentirse en desventaja en los foros internacionales en donde prevalecen los valores occidentales y los valores orientales no son tomados en cuenta.

Un tercer problema de cooperación se centra en la poca confianza creada en el seno del régimen climático internacional. La teoría de juegos explica como la repetición de los

juegos aunado a un actuar confiable de los participantes puede generar cooperación. Hasta ahora los actores no han generado compromisos genuinos y consistentes que facilite acuerdos más ambiciosos. El hecho de que Estados Unidos haya actuado activamente en las negociaciones y diseño de Kioto para luego no ratificarlo creó desconfianza entre los países en desarrollo, China en especial. Estados Unidos, por su lado, demanda un compromiso vinculatorio de todos los países, incluidos aquellos en vías de desarrollo. Las presiones estadounidenses tienden a centrarse en China, ya que no sólo es el país que más emisiones genera, sino que sus tendencias de crecimiento apuntan a un incremento aun mayor de dichas emisiones. China se defiende al señalar que sus emisiones per cápita son muy menores a las de Estados Unidos y manifiesta la “injusticia” que supone el que se limite el crecimiento económico de su población que apenas logra ciertos estándares de vida frente a una población estadounidense que mantiene un estilo de vida intensiva en carbón. Es deseable que cualquier diseño post-Kioto global incluya un compromiso de estos dos países no sólo porque son los mayores emisores de GEI, sino también porque a su vez generaría un ambiente de certidumbre entre otros participantes hasta ahora reacios al compromiso.

Otro problema relacionado con la confianza de los participantes se genera hacia adentro de dos instituciones internacionales que son parte de la gobernanza climática. La determinación de que el cambio climático es real y que es consecuencia de la acción del hombre ha sido constantemente cuestionada. Aunque cualquiera pudiera inclinarse a pensar que las cifras arrojadas tras la investigación del cambio climático deben ser contundentes (al final son mediciones que arrojan números claros y confiables), la realidad ha demostrado que probar el cambio climático científicamente es una tarea compleja. Esto se debe, entre otros factores, a que la medición de la temperatura en diversas partes del mundo empezó hace sólo 150 años, todas las demás temperaturas utilizadas se han obtenido a partir del estudio de fósiles y cada científico puede “escoger” que evidencia estudiar. En adición, acontecimientos geológicos y climáticos específicos hacen variar la temperatura en de un año a otro (es de esperarse que la temperatura que se registre después de la erupción del volcán Eyjafjallajökull sea menor ya que la erupción de un volcán tiende a enfriar la tierra), y esto lleva a los escépticos a decir que la temperatura de la tierra tiene ciclos y que el calentamiento global es una creación de ciertos círculos científicos, o por lo menos que el calentamiento es mucho menor al que se reclama. El escándalo creado a partir de la

filtración de algunos correos electrónicos en donde expertos del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC por sus siglas en inglés) aceptaban haber exagerado las cifras del aumento en las temperaturas. Este hecho vivificó las voces de los escépticos del cambio climático y fue utilizado por ciertos políticos como una denuncia en contra de la necesidad de tomar medidas para atender el problema. La segunda institución bajo cuestionamiento es el Banco Mundial. Existen acusaciones de que el esta institución financiera internacional ha utilizado los fondos destinados a la implementación de los proyectos aceptados como “Mecanismos de Desarrollo Limpio” (MDLs) con mucha discreción e incluso de manera poco ética. En consecuencia, un grupo de países en vías de desarrollo solicita que en adelante los fondos internacionales destinados para acciones climáticas sean manejados por las instituciones de Naciones Unidas.

En cuarto lugar, uno no puede olvidar que todos los líderes que negocian las condiciones de un nuevo acuerdo internacional vinculatorio tendrán que regresar a sus naciones y trabajar por la ratificación del mismo. Independientemente del régimen político que exista en sus países, todos estos líderes o negociadores deberán encontrar o crear el apoyo para lograr esas ratificaciones. Con frecuencia, los compromisos vinculatorios son percibidos como muy desventajosos para ciertos intereses nacionales y por lo tanto son impopulares. Tal caso se puede ejemplificar con la ratificación de los Estados Unidos del Protocolo de Kioto. El presidente Bill Clinton y su equipo de trabajo fueron muy activos en los foros de negociación internacionales y lograron incluir dentro del diseño de la gobernanza de Kioto mecanismos de mercado (preferidos por los estadounidenses). Para noviembre de ese año, el presidente de Estados Unidos firmó el protocolo y regresó a su país para que el mismo fuera ratificado. Pero en Estados Unidos no había capital político que apoyara dicha suficiente certificación. Por el contrario, el senado adoptó una resolución en donde informa al ejecutivo que Estados Unidos no ratificará el tratado en tanto no existan las mismas limitaciones para los países en vías de desarrollo que las impuestas a los países desarrollados. La llegada del presidente George W. Bush afirmó esta posición y grupos económicos que lo apoyaban vieron la retribución a este respaldo cuando el presidente declaró que no firmaría ningún tratado que lastimara los intereses económicos de las empresas estadounidenses.

Finalmente, la vigencia de Kioto ha coincidido con una crisis económica internacional que ha limitado el crédito y financiamiento disponible para implementar medidas de mitigación y adaptación. Las negociaciones del régimen post-Kioto se encuentra con un mundo todavía en recesión. Es difícil pronosticar que los resultados de los trabajos en Copenhague hubieran sido distintos de no haber existido dicha incertidumbre. Pero si es posible asegurar que los países han sido más cuidadosos en comprometerse a adoptar compromisos que signifiquen cambios en su economía costosos, por lo menos en el corto plazo, para sus finanzas nacionales y la de sus ciudadanos. La capacidad de las instituciones de financiamiento y de los países desarrollados para desplegar fondos también está mermada.

La COP-15 no cumplió con las expectativas pero si creó un capital importante para el futuro de la gobernanza climática internacional, casualmente al ratificar las estrategias que en el pasado han sido exitosas. Las denuncias, las divisiones, y la falta de compromisos, aunado a las limitaciones estructurales de un esquema como el de Naciones Unidas, en el cual un pequeño grupo de naciones pueden vetar un arreglo institucional, evidenciaron las dificultades que se encontrarán en el futuro para lograr un acuerdo vinculatorio, comprensivo y global. En otras negociaciones climáticas internacionales, los acuerdos se habían logrado por medio de negociaciones entre pequeños grupos de naciones y la presidencia de la conferencia. En Copenhague, los países en desarrollo habían denunciado el proceso como excluyente y buscaban una negociación abierta. Además, la posición de la silla danesa suponía una dificultad para lograr acuerdos ya que se proponían compromisos vinculatorios para países desarrollados y en vías de desarrollo, lo que llevó a la conferencia a un estancamiento. Los líderes de cuatro naciones en desarrollo que con una motivación política y de asegurar tanto el futuro de sus naciones como los recursos financieros disponibles decidieron formar un bloque líder que estuviera al frente del diseño de una propuesta negociada con los Estados Unidos. Estaban conscientes de que la única manera de llegar a un acuerdo era negociar fuera del entrampamiento del pleno. Durante las negociaciones generales de la COP-15 el grupo BASIC, que incluye a Brasil, Sudáfrica, India y China, tomo una ruta alterna, elaboró el Acuerdo de Copenhague, lo pactó con Estados Unidos y luego lo propuso a la asamblea general. Las denuncias de otros países de un acuerdo excluyente no tardaron, sobre todo porque el presidente Barack Obama, con

poca experiencia en negociaciones multinacionales, se apresuró a anunciar ante los medios de comunicación que se había alcanzado un acuerdo antes de que el mismo se presentara ante la asamblea general. Hecho que minó la legitimidad del Acuerdo y ocasionó que el mismo no se adoptara, sólo, como lo dice su nombre, una vez acordado se convertiría en un instrumento vinculante. Sin embargo, a un mes de la COP-16 el acuerdo ha logrado una aceptación de más del 70% de los países participantes en Copenhague.

La unión de las naciones que conforman el BASIC tiene un trasfondo digno de análisis. Por un lado, incluye a dos países de los cinco primeros emisores de GEI, China e India; dos de los tres en vías de desarrollo de esta categoría (el tercero es Rusia). Juntos, los cuatro países del BASIC aportaron cerca del 30% de las emisiones globales de GEI en el año 2008, lo que les da un peso relativo importante como bloque. Podría ser evidente que la participación de China sería más que suficiente para aportar al poder de cualquier grupo, ya que ella sola aportó poco más del 22% de dichas emisiones en el año referenciado. Sin embargo, los señalamientos del mundo desarrollado a la creciente nación han sido de tal intensidad que para China es importante encontrar “socios” que apoyen su posicionamiento. India es su socio natural por la similitud de condiciones y posicionamiento. La India, al igual que China, aboga por lograr el desarrollo económico que le permitirá enfrentar el problema de pobreza que una parte de su población enfrenta. Ambos países densamente poblados reclaman que las presiones internacionales están mal enfocadas, ya que su ciudadano promedio emite una o hasta dos décimas partes de lo que un ciudadano en Japón, Europa o Estados Unidos emite. En consecuencia, ambas naciones emergentes reclaman un mayor compromiso del mundo desarrollado materializado en ayuda económica, técnica y científica. El impacto que el cambio climático ha tenido sobre su territorio también los acerca. Tanto China como la India tienen extensas costas que sufren un aumento en el nivel de sus mares; sistemas de agua rodeados por asentamientos humanos numerosos que enfrentan constantes inundaciones; y zonas de deshielo considerables. El agravamiento de las epidemias relacionadas con el cambio climático también azotan a estos países que no han logrado tener una infraestructura de salud capaz de proteger a toda la población indefensa. Es decir, ambas naciones son sumamente vulnerables ante los embates del cambio climático. Las políticas nacionales y bilaterales también los mantienen cerca. Los gobiernos de ambos países se han percatado del potencial que el desarrollo de nuevas

tecnologías y la utilización de fuentes alternativas de energía como la solar y la eólica. Todos estos elementos vinculan a China e India en las negociaciones climáticas internacionales.

Una alianza entre estas dos naciones no es suficiente en un ambiente multilateral. Así, Brasil y Sudáfrica aportan otros elementos que fortalecen las posiciones de China e India. Es innegable que la política exterior del presidente brasileño Luiz Inácio Lula da Silva ha sido muy exitosa en posicionar a Brasil como una potencia emergente con mucha influencia. El poder del Itamaraty en todos los ámbitos de la política internacional es innegable. No sería arriesgado decir que al terminar la primera década del siglo XXI, Brasil es el líder de América Latina y el líder de los países en vías de desarrollo de occidente (China, el de los países en vías de desarrollo asiático). Más allá del liderazgo internacional de Brasil, su peso relativo es importante por otras razones. Brasil es un país de grandes dimensiones territoriales y económicas y cuenta con un fuerte capital emprendedor y una importante capacidad tecnológica. En la esfera de la política climática internacional Brasil ya tiene un liderazgo establecido. No sólo es el segundo emisor de GEI de América Latina (después de México), sino que alberga a la Amazonia (los recursos selváticos más grandes del mundo), a una tercera parte de los bosques tropicales del mundo, y a la mayor biodiversidad global. Por tanto, Brasil ha reclamado por décadas compromisos internacionales con el medio ambiente y el desarrollo sustentable con un discurso de equidad relativa a las capacidades de los países. Después de Río en 1992, Brasil fue el primer país en firmar la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático y, durante el diseño de Kioto, la adopción del instrumento de financiamiento de proyectos climáticos conocido como Mecanismo de Desarrollo Limpio (MDL) fue resultado de una propuesta brasileña. Así, en las negociaciones internacionales el país es líder, en especial de las naciones en desarrollo que ven sus posiciones apoyadas por la postura sudamericana. Las políticas climáticas internas y los resultados que han arrojado también le dan legitimidad internacional. Brasil ha logrado implementar políticas nacionales como el desarrollo de una industria de biocombustibles, programas de ahorro de electricidad y una gestión sustentable de su trópico. Estas medidas nacionales y otras medidas estatales se apoyan en una ley sobre cambio climático que las institucionaliza como política nacional. Ya para COP-16 Brasil llega con el anuncio de que cumplirá con

sus promesas de reducción 4 años antes. En resumen, Brasil resulta un aliado sin igual para China e India en política climática.

Para completar un bloque con fuerza de países en desarrollo era necesario que se incorporara algún país del continente africano, continente más vulnerable ante los efectos del cambio climático. Sudáfrica es la elección natural para ocupar este puesto. Del continente, es el mayor emisor de GEI, su economía domina el sur del mismo y se estima que es una de las naciones con mayor crecimiento económico de África. Sudáfrica, al igual que sus contrapartes del BASIC, es un país vulnerable ante los efectos del cambio climático. Su territorio árido y semiárido es propenso a sufrir sequías, mientras que hay otras zonas que tienden a inundarse. El liderazgo en materia de negociaciones climáticas que Sudáfrica ha mantenido dentro del continente también es un punto de considerable importancia ya que hasta ahora ha demostrado ser un interlocutor válido para varias naciones africanas y en varios temas como protección a la biodiversidad y a las zonas costeras.

Dentro del marco de las negociaciones los líderes mundiales empezaron a buscar formas innovadoras de resolver el problema de la acción colectiva.

La suma de las características individuales de los países que conforman el BASIC le brinda importancia como bloque negociador en temas climáticos. Estados Unidos lo encontró como un bloque poderoso con el cuál trabajar un diseño de nuevo acuerdo internacional y puede esperarse que el intercambio entre el BASIC y los Estados Unidos tome una dinámica propia. Otro bloque internacional al que le interesa un intercambio con el Basic es la Unión Europea. Esta confederación líder en políticas climáticas es la zona del mundo en dónde más experiencia se ha acumulado sobre negociaciones regionales. La Unión Europea tiene la autoridad moral de ser líder en implementación, de ser la zona del mundo oferente de la mayor cantidad de financiamiento de MDLs y Proyectos de Implementación Conjunta (JI por sus siglas en inglés) y por poseer el mercado de intercambio de emisiones más longevo y grande del mundo. Desde que el Protocolo de Kioto entró en vigor, los países europeos han estado listos para negociar e implementar el siguiente acuerdo: uno que exija compromisos obligatorios de todos los países. La reserva de los países en vías de desarrollo ha sido el principal obstáculo que Europa ha encontrado para sus planes. Es por esto que la posibilidad que abre el BASIC para “representar” al

mundo en desarrollo y sus posiciones puede resultar conveniente a la Unión Europea que hasta ahora trata con estos países de manera bilateral.

El reto, sin embargo, es que el BASIC verdaderamente represente a los países en desarrollo. Pareciera, de entrada, que su aparición y funcionamiento van en detrimentos de otros bloques, especialmente del G77. Como se describe con anterioridad, el BASIC contiene ciertas características relativas al cambio climático que lo hace ver muy fuerte frente a otros grupos que no cuentan con esas ventajas. Otro grupo que parece verse afectado es la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) que no se sienten cómodos políticamente al encontrar un grupo de países en vías de desarrollo capaz de negociar con el primer mundo y que pone en peligro la validez de las posiciones y discursos más extremos que suelen adoptar en voz de líderes como Hugo Chávez o Evo Morales. La primera prueba de liderazgo de mediano plazo para el BASIC se presenta en Cancún 2010. Los cuatro países deberán estar listos para cumplir con las promesas individuales de negociaciones pasadas, pero sobretodo con un apego al mínimo establecido en el Acuerdo de Copenhague: acciones acordes para lograr un aumento máximo de 2°C mundial; cumplimiento pleno con el monitoreo, reporte y verificación de las políticas climáticas; y la implementación del programa de Reducción de Emisiones por Deforestación y Degradación con un financiamiento importante de corto y largo plazo (REDD+). Hasta ahora, y de manera individual, estos cuatro países gozan de una posición cómoda, reclaman un compromiso con el medio ambiente y la necesidad de acción, pero prefieren compromisos no vinculatorios y ser los receptores del financiamiento. Un verdadero liderazgo se reflejará con un compromiso mayor, sobre todo en la dinámica sur-sur. Si bien es difícil pensar en una ayuda financiera de la magnitud de la aportada por los países desarrollados, todos los miembros del BASIC están en posibilidades de proveer apoyo a otros países en desarrollo en transferencia de experiencia, tecnología, pero sobre todo apoyo político en los foros internacionales.

Ahora bien, los presidentes de los países del BASIC funcionaron como los emprendedores políticos, de los que habla la teoría de juegos, para resolver el problema de acción colectiva durante la COP-15 en 2009, pero el tema de cooperación global en materia de cambio climático no está decidido. Por el contrario, las reuniones desde Copenhague hacia Cancún han demostrado que existe mucha división en el concierto de naciones a pesar

de los esfuerzos de la diplomacia mexicana que ha utilizado su experiencia de ser el puente entre el norte y el sur. Los negociadores que se reunirán en el Caribe mexicano están conscientes de esta situación y algunos apuntan hacia una reunión de conciliación que pavimentará el camino hacia un posible acuerdo para la reunión de Johannesburgo en el 2011. La realidad es que un acuerdo global y comprensivo no tiene posibilidades en el corto plazo, ni en el mediano plazo si no es mediante una continuación del esquema de sólo ser vinculatorio para los países desarrollados (cosa que es inaceptable para los Estados Unidos). Para que Cancún sea significativo, los negociadores tendrán que adoptar visiones más innovadoras que las acogidas hasta ahora. Si las negociaciones climáticas continúan con el estancamiento debido a la división, el marco de Naciones Unidas se agotará y por lo tanto se podrá perder una institución democrática de suma importancia para el diálogo internacional en donde todos los países, sin importar sus recursos, tamaño o poder, tienen el mismo voto.

Varios años de reconocimiento del problema y los embates del cambio climático han llevado a naciones, desarrolladas y en vías de desarrollo, a aplicar políticas climáticas. Incluso Estados Unidos y China, los cuales son tan criticados por su falta de compromiso, aplican medidas de mitigación y adaptación. China, por ejemplo, es el país que más tecnología desarrolla para la generación eléctrica a partir de fuentes renovables. Estados Unidos, por su parte, a pesar de no haber adoptado una legislación nacional sobre cambio climático, aplica medidas estatales, regionales y nacionales que ya han logrado una disminución en sus emisiones de GEI casi en un 20% (mayor al 17% prometido por el presidente Obama en Copenhague). Es más probable que las COPs generen la confianza, inexistente hasta ahora y necesaria para la cooperación, si se reconocen los esfuerzos nacionales (que siempre serán relativos a las capacidades de los países). Incluso, una gobernanza internacional basada en la acumulación de políticas nacionales es útil en tanto nutre las opciones de medidas con acciones aplicadas y evaluadas en el nivel local. Otra solución a la falta de acuerdos se puede encontrar en la desagregación de las soluciones. Es decir, en lugar de buscar diseñar medidas que traten el tema del cambio climático como uno solo, habría que buscar establecer acuerdos específicos a temas como por ejemplo glaciares, biodiversidad, cuencas, desertificación, entre otros. De ésta manera los jugadores se verán interesados y podrán aportar más en los temas que los afectan especialmente. Otro elemento

que el sistema de Naciones Unidas debe adoptar, dentro de la gobernanza climática internacional, es un reconocimiento de todos los acuerdos regionales, bilaterales y entre bloques que se han asumido al margen del régimen global. Hasta ahora, la Unión Europea es prácticamente la única que tiene un reconocimiento como bloque en las negociaciones climáticas internacionales. Si se logra el reconocimiento de estos acuerdos, las negociaciones pueden ser más fluidas dado que el número de actores será menor, los compromisos se pueden realizar en bloque y en temas específicos en donde cada grupo de naciones pueda tomar provecho a partir de sus condiciones específicas. Estos tres elementos apuntan hacia una gobernanza internacional incremental que eventualmente pueda llegar a un acuerdo global comprensivo. Finalmente, los representantes de los gobiernos deben considerar a la sociedad civil como un jugador más. Las organizaciones no-gubernamentales (ONGs) han demostrado un compromiso con el medio ambiente mediante programas de desarrollo de conocimiento, difusión de información, y aplicación de proyectos. La iniciativa privada también puede jugar un papel fundamental. Si los diferentes mecanismos adoptados generan un marco de actuación adecuado, el financiamiento de los proyectos puede provenir de los capitales privados ya que ellos estarán interesados en participar en un nuevo mercado con nuevas formas de producción.